

DISCURSOS

DISCURSO INAUGURAL (*)

Rafael Fernández Heres (**)

SEÑORAS Y SEÑORES:

La celebración de este sexto Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia es un acto preambular, de los previstos en la agenda que Venezuela ha preparado para rememorar la efemérides de los quinientos años de una serie de acontecimientos que consideramos fundamentales en la vida de la actual República de Venezuela. La serie de acontecimientos a que nos referimos se inician con la llegada del Almirante Cristóbal Colón en agosto de 1498 a las aguas y costas orientales, y de allí en adelante prosiguen otros movimientos exploratorios de nuestra costa norteña, como el recorrido en 1499 que hacen Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vespucio y la entrada de estos tres últimos al golfo de Venezuela, y el empleo de la palabra Venezuela para designar a la nueva tierra, como lo demuestra el mapa de Juan de la Cosa dibujado entre 1499 y 1500, y utilizado luego en 1528 por Carlos V de España al firmar la capitulación con los Welzer.

A estos sucesos se refiere el Decreto N° 2000, dictado por el Presidente de la República el 21 de agosto de 1997, y al mandato de conmemorarlos.

La memoria de estos acontecimientos es la razón que nos ha convocado y quiero, en nombre de la Academia Nacional de la Historia, agradecer al Señor Presidente Caldera, al Congreso de la República, al Ministro de Educación, al Ministro de Relaciones Exteriores, y al Presidente del Consejo Nacional de la Cultura el apoyo moral y material que nos han obsequiado, no obstante las dificultades económicas que confrontamos, para celebrar este Congreso con la participación de las Academias de la Historia de los Países Iberoamericanos, incluyendo a España y Portugal, que se han hecho

* Palabras leídas en el acto de instalación del VI Congreso de la Asociación de Academias Iberoamericanas de la Historia.

** Director e Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "J".

representar tan dignamente y esta presencia sinceramente la agradecemos y nos honra.

El tema principal del programa de trabajo de este VI Congreso es el de la enseñanza de la historia, acordado en el V Congreso celebrado hace dos años en Santiago de Chile. Ciertamente que este tema no es inédito ni es tampoco una novedad, como se puede apreciar si observamos el tratamiento que de esta materia se ha hecho en distintas reuniones a partir de 1924, como lo fue en el Congreso Científico Panamericano celebrado en Lima; en 1928 en el Congreso de Historia Nacional de Montevideo; en 1929 en el Congreso de Historia de Buenos Aires; en 1930 en el Congreso de Historia de Bogotá; en 1931 en el Segundo Congreso de Historia Nacional de Río de Janeiro y en el Congreso Universitario Americano de Montevideo; en 1937 en el II Congreso Internacional de Historia de América de Buenos Aires; así como ha sido objeto de acuerdos, como el celebrado en 1933 por los Estados Unidos de Brasil y las Repúblicas de Argentina y Oriental del Uruguay y el compromiso gubernamental multilateral patrocinado por la Secretaría de la Sociedad de Naciones en la década de los años treinta, sobre la revisión de los textos de Historia y Geografía.

Al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, la materia le ha sido objeto de su predilección como lo demuestran las publicaciones que ha hecho y las reuniones que celebró en 1954 relativas a la enseñanza de la Historia en Puerto Rico y en 1980 en Caracas. El tema se ha replanteado a partir de 1991 por exigencias del V Consejo Presidencial Andino celebrado en Caracas en mayo de 1991, al acordar la iniciativa de “armonizar los textos de enseñanza de la Historia, haciéndolos compatibles con los propósitos de la integración andina y latinoamericana”. A partir de este momento el tema ha venido examinándose, particularmente por la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, con sede en Madrid, en diversas reuniones técnicas celebradas en Montevideo en 1993 con la participación de los países del Cono Sur, en Panamá en 1994 con la asistencia de los países centroamericanos, del Caribe, y México; en la Guaira en 1995 con la de los países andinos, y en Cáceres (España) en 1995 y en Madrid en 1996. Este historial de reuniones revela que el tema se ha venido trabajando con mucha perseverancia, que nunca pierde su actualidad por los valores que contiene y promueve, por lo que no se trata de repetir en nuestra reunión de Caracas los asuntos ya tratados, sino en tal caso de profundizarlos en torno a ciertos aspectos que requieran de mayor maduración y de construir recomendaciones marcadamente prácticas para ayudar a superar la crisis que se observa en el aprendizaje de la historia en cada país. A los académicos asistentes a este VI Congreso, ponentes del capítulo correspondiente al país que representan el tema les es familiar, lo que garantiza el más alto y adecuado tratamiento.

El señalado interés por el tema de la enseñanza-aprendizaje de la historia es al mismo tiempo indicativo que es de las temáticas pedagógicas, quizás la única, al menos durante el siglo XX, que ha sido considerada por los gobiernos americanos como Cuestión de Estado, y así se desprende de las motivaciones que dieron lugar a la Convención sobre la enseñanza de la historia, acordada por los gobiernos de los Estados de la Región, durante la Séptima Conferencia Internacional Americana, celebrada en Montevideo del 3 al 26 de diciembre de 1933, que consideraron “urgente complementar la organización política y jurídica de la paz con el desarme moral de los pueblos, mediante la revisión de los textos de enseñanza que se utilizan en los diversos países”, con el propósito “de depurarlos de todo cuanto pueda excitar en el ánimo desprevenido de la juventud, la aversión a cualquier pueblo americano”.

La consideración de la materia a lo largo de tantos años ha permitido que los países de la región posean un importante acervo doctrinario que la aludida convención sobre la enseñanza de la historia ha sintetizado en los siguientes principios directivos; que:

- “a) Se fomente en cada una de las Repúblicas americanas la enseñanza de la historia de las demás.
- “b) Se dedique mayor atención a la historia de España, Portugal, Gran Bretaña y Francia, y de cualesquiera otros países no americanos en aquellos puntos de mayor atingencia con la historia de América.
- “c) Se procure que los programas de enseñanza y los manuales de historia no contengan apreciaciones inamistosas para otros países o errores que hayan sido evidenciados por la crítica.
- “d) Se atenúe el espíritu bélico en los manuales de historia y se insista en el estudio de la cultura de los pueblos y del desarrollo universal de la civilización, para determinar la parte que ha cabido en la de cada país a los extranjeros y a otras naciones.
- “e) Se elimine de los textos los paralelos enojosos entre los personales históricos nacionales y extranjeros, y los comentarios y conceptos ofensivos y deprimentes para otros países.
- “f) Se evite que el relato de las victorias alcanzadas sobre otras Naciones pueda servir de motivo para rebajar el concepto moral de los países vencidos.

- “g) No se juzgue con odio o falseen los hechos en el relato de guerras o batallas cuyo resultado haya sido adverso.
- “h) Se destaque todo cuando contribuya constructivamente a la inteligencia y cooperación de los países americanos”.

Los anteriores principios directivos han surgido como consecuencia de una reflexión encaminada a construir una política de educación para la paz y la convivencia y a limpiar la enseñanza de la historia y los manuales correspondientes de cuanto pueda quebrar los propósitos antes señalados. Por tanto, tal orientación que se recomienda dar al régimen de enseñanza-aprendizaje de la historia es buena porque fortalece la identidad de cada país y al mismo tiempo lo dispone positivamente a una transcendencia externa, lo que significa que conlleva fuerzas destinadas, la una a fortalecer la cohesión interna lo que significa que se pueda definir a tal enseñanza como asunto de alto interés nacional y de pública utilidad; y la otra, a dinamizar constructivamente hacia afuera las potencialidades nacionales capaces de generar relaciones de comprensión internacional y sentido de complementación, de modo que al amparo de los afectos especiales que tiene cada país se construya el espíritu de mediación indispensable para la solidaridad que es la base de la integración espiritual y material de los pueblos.

La consideración de la enseñanza de la historia, no obstante ser cuestión muy tratada, todavía es campo propicio para extraer importantes lecciones y moralejas y este Congreso al reactualizar el tema o encontrar aspectos inéditos como consecuencia de investigaciones recientes, debe de invitar al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, a la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, al Convenio Andrés Bello y a la UNESCO para emprender una acción multilateral a modo de gran proyecto, que definitivamente encare el problema que se ha denominado la crisis del aprendizaje de la Historia en nuestros países, ya que se trata de una cuestión de Estado, y esta acción adquiere particular importancia, cuando se desea evitar el desdibujamiento, el debilitamiento de la identidad nacional en momentos, cuando todo se quiere mirar, casi automáticamente como dogma de nueva religión, a través del lente de esa fuerza arrolladora que se llama globalización. Los intereses creadores de tal fuerza son muy poderosos y nuestra capacidad de respuesta muy débil pero la compañera de viaje en esta difícil travesía, tampoco puede ser la resignación y el conformismo. A comienzos del siglo XIX nuestros países dieron grandes demostraciones de valentía y de coraje y nos empujamos para superar grandes dificultades y la inventiva puso a funcionar mecanismos que dieron excelentes resultados. Es la hora de renovar el compromiso y de demostrar nuevamente que a través de un empeño solidario, armonizando esfuerzos y comunes afectos,

podemos aprovechar beneficios del indicado fenómeno de la globalización, sin detrimento de nuestra peculiar manera de ser, y resulte una nueva versión de imperialismo que produzca nuestras contradicciones y nos conduzca a mayor pobreza y desequilibrios y no un instrumento para ser más.

Para concluir queremos agradecer a los Señores Ministros su presencia que pone al acto una especial nota de significación, a las Academias de la Historia de los países iberoamericanos que aceptaron tanta gentileza nuestra invitación y a las distinguidas personalidades venezolanas que nos acompañan.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA,
SIMIENTE DE INDEPENDENCIA
E INSTRUMENTO DE LIBERTAD(*)

Dr. Jorge Salvador Lara (**)

¿Qué motiva esta solemne ceremonia en sala como ésta ennoblecida por el arte y aureolada de tradición? ¿Por qué están congregados tan preclaros y conspicuos personajes de la cultura en general y la investigación histórica en particular? Estos y otros interrogantes tienen suficiente explicación en la convocatoria: inos hallamos aquí reunidos para asistir a la sesión inaugural del V Congreso Iberoamericano de Academias de la Historia! ¡Cuán grave, entonces, mi compromiso: hablar a nombre de los ilustres académicos de los Estados de Iberoamérica asistentes a este certamen, ante auditorio tan calificado como el que llena este paraninfo, presididos por el Ministro de Educación, Delegado del Ciudadano Presidente de la República de Venezuela, Dr. Rafael Caldera, esclarecido varón de sobresalientes carismas, certera visión jurídica y experimentada trayectoria de estadista, noble amigo a quien me fue grato saludar desde mi columna del diario “El Comercio” de Quito cuando su visita de Estado a mi patria, el Ecuador, en su primera administración, aquel ya remoto 5 de febrero de 1973: “Heraldo de la unidad hispanoamericana, su viaje por el Continente es símbolo de futuros logros en quehaceres comunes para alcanzar soberanías más ciertas y derechos menos conculcados”, dije entonces del Presidente Caldera, con quien también me fue honroso departir en el Simposio Internacional sobre “Historia de la Evangelización de América” celebrado en Roma del 11 al 14 de mayo de 1992 por invitación de la Pontificia Comisión para América Latina con motivo del V Centenario. Y veo también aquí, acompañando al señor Presidente, a su Ministro de Relaciones Exteriores, mí entrañable amigo el experimentado y sobresaliente diplomático Dr. Miguel Angel Burelli Rivas.

(*) Palabras leídas en la sesión inaugural del VI Congreso Iberoamericano de Academias de Historia, Palacio de las Academias, Caracas, abril de 1998.

(**) Director de la Academia Ecuatoriana de la Historia.

No puedo silenciar mi admiración por la Academia Venezolana de la Historia, de tan sostenidas y brillantes manifestaciones en los campos del estudio, la investigación, la divulgación editorial, la reunión de sus acreditados congresos con participación asidua de historiadores venezolanos y extranjeros. Con muchos de sus miembros de número aquí presentes hemos asistido a varias de esas lides y nos hemos podido beneficiar de la sabiduría y amistad de algunos de sus líderes más prominentes como los señores: Carlos Felice Cardot, Mario Briceño Perozo, Joaquín Gabaldón Márquez, Manuel Pérez Vila y Santiago Gerardo Suárez, entre los fallecidos, ante cuya memoria elevo una plegaria e inclino mi frente; y de los actuales, mis queridos y respetados amigos doctor Rafael Fernández Heres, su dinámico director, doña Marianela Ponce, su eficiente secretaria y, además, los doctores Blas Bruni Celi, Pedro Grases, Guillermo Morón, Tomás Polanco Alcántara —a quien me liga diáfana amistad de casi medio siglo—, Rafael Armando Rojas y José Luis Salcedo-Bastardo. Es mi deber recordar de modo expreso que en medio de ellos, gloriosamente sobrepasados sus noventa años, ha realizado su extraordinaria obra, por todos conocida, nuestro eminente colega, Individuo de Número de la Ecuatoriana de Historia y correspondiente de la Academia Venezolana, mi respetado compatriota doctor Alfonso Rumazo González, Premio Nacional de Cultura Eugenio Espejo 1996, a quien me es grato rendir emocionado homenaje desde esta elevada tribuna.

Fueron la Academia Boliviana de la Historia y su preclaro director, Dr. Valentín Abecia Baldivieso, quienes tomaron la iniciativa para fundar nuestra Asociación de Academias de la Historia. No pocos de los aquí presentes recordamos la excelencia de aquel primer congreso, reunido en La Paz, ocasión en la que fueron elaborados los Estatutos y determinadas las proyecciones cimeras seguidas por nuestra Institución, que va ya por su VI Congreso bianual, pues después vinieron las espléndidas celebraciones de Madrid, Montevideo, Lisboa y Santiago de Chile, cada una con particularidades dignas de ponderación.

Esperamos con expectante interés las disertaciones de los ilustres colegas y las maneras como, desde diversos puntos de mira, se aproximarán al tema fijado para este VI Congreso, “la enseñanza de la historia” que nos permitirá diagnosticar el estado de los estudios históricos entre nosotros, y su divulgación sobre todo entre la juventud de Iberoamérica. No siempre este fundamental quehacer fue preocupación de los pedagogos, aunque mentalidades anticipadas a su tiempo si dejaron conocer sus conceptos pioneros al respecto. Según testimonio del General O’Leary, edecán del Libertador, “...bajo la Dirección de don Simón Rodríguez, hombre de variados y extensos conocimientos, pero de carácter excéntrico, aprendió Bolívar los rudimentos de las lenguas española y latina, aritmética e historia...” (*Citado por Arturo Guevara,*

Espejo de Justicia, Esbozo psiquiátrico social de don Simón Rodríguez, <p. 108, Caracas, 1954). El Libertador, por su parte, sobre todo durante su primera estancia en España y luego a través de sus múltiples lecturas a lo largo de su vida, profundizó sus conocimientos: él mismo, en carta a Santander, recordó haber estudiado “... todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses...” (Guevara, op cit., p. 164). De don Simón Rodríguez, idealista utópico por una parte, y hombre de mil recursos prácticos por otra, que entre sus concepciones pedagógicas tenía, según parece, la de enseñar la historia analizando el hoy para adentrarse en el ayer, adoptó Bolívar aquel criterio, contrario a lo usual, a tal punto que en su instrucciones metodológicas para la educación de su sobrino Fernando consideraba la historia como una de las materias fundamentales junto al aprendizaje de idiomas, geografía, cosmografía y ciencias exactas: “La historia –decía– a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir rematando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula”. Ya en el pináculo de su gloria, en carta a su antiguo maestro, tocayo y paisano, su inolvidable Robinson que había vuelto al cabo de años de su erranza por Europa, el Libertador le decía: “... Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para la grandeza, para lo hermoso...” Refiriéndose a Simón Rodríguez, en su estudio ya clásico sobre “Las ideas educativas de Simón Bolívar”, afirma el ilustre académico Dr. Armando Rojas que “...era partidario de una educación democrática, amplia y libre de prejuicios, de una educación que hiciera ciudadanos honestos y amantes apasionados de su patria, que capacitara hombres dignos de América, cuyos horizontes se abrían luminosos y cuajados de promesas”. Así de altas son las metas de la enseñanza de la historia.

Imposible construir el futuro sin estudiarla. Tal ha sido el afán profundo, no siempre puesto de relieve, mantenido por los investigadores del pasado, desde Herodoto y Tucídides hasta Spengler y Toynbee. ¿Qué es la historia sino la memoria del devenir, la experiencia continuada de cada identidad cultural? Sólo que nuestro propio modo de ser iberoamericano se fundamenta en valores trascendentes. Respeto toda creencia, pero pienso que no se puede negar el dedo de Dios en la historia, como en su hora lo intuyera San Agustín. Para mi modo de pensar y creer, y siguiendo además a Pablo de Tarso y Theillard, Dios es el Alfa y la Omega, de El venimos y hacia El vamos. Y porque estamos conscientes de nuestra identidad, asumimos los progresos de la ciencia, conocemos las limitaciones de la simple experimentación positivista y negamos el nihilismo y las explicaciones ápteras de los materialismos que niegan la presencia divina y su providente acción en el deambular humano.

¿El azar? Tras mucho cavilar en este concepto estimo que la casualidad no explica nuestra génesis ni nuestro destino. Más bien parece pantalla para la atonía del pensamiento, o pretexto para sectarismos que renacen, de cuando en cuando, con diversa parafernalia pseudocientífica, a veces vistosa, siempre engañadora. Si antes de todo ya existía el azar, si era una fuerza previa -objeto o sujeto, lo mismo diera lo uno que lo otro- se confundiría con la divinidad infinita, no sería, en realidad, sino otro nombre de Dios. Si no preexistía, si no era anterior a las cosas, el azar habría sido nada y nada, por tanto, podría crear. ¿Y si sólo fuera producto de la especulación racionalista? Entonces parecería obvio concluir que apenas llegaría a entelequia, fantasmagoría incapaz de acción. No, no podemos -al menos quien habla no puede- creer en la casualidad como motor de la historia.

En mi criterio, nuestra concepción del cosmos, la vida y el hombre proviene, razonadora pero no racionalista, de Platón y Aristóteles, pasa por el Obispo de Hipona y el Doctor Angélico y avanza hasta Maritain, Marcel y Theilard de Chardin. Respetamos, a veces comprendemos y en algunos casos hasta admiramos, otras soluciones que el ingenio humano ha creado en su afán de explicar el universo, el sistema solar, la tierra, los organismos en ella desarrollados y el inquieto peregrinar de nuestra especie. Reconocemos que puede ser tortuosa la ruta de la humanidad, y de hecho lo ha sido, ha conocido fracasos, retrocesos y hasta caídas, pero tiene un hilo conductor permanente, que nos permite avanzar y ascender, porque no otra cosa es el progreso sino ascensión y avance continuos que nos aproximan cada vez más y de mejor manera, mediante artes, ciencias y tecnologías a metas supremas, a destinos de luz. Tenemos, eso sí, que desafiar encrucijadas, sobrepasar laberintos, vencer pesimismo y desalientos: es obligación de todos, si pensamos así, si queremos ser protagonistas, intérpretes y augures de nuestras esencias, cultura y fines, levantar a todo lo alto el optimismo y mantener con firmeza brújula y timón.

No concibo, en realidad, para nuestros pueblos, otro destino que el comunitario. No somos una veintena de patrias, dos decenas de naciones: la nuestra es la Patria Grande, la Sola Nación en que soñaba el Libertador: esta Iberoamérica de nuestros vías crucis e ilusiones.

A ella aludían nuestros precursores, desde vuestro y nuestro General Francisco de Miranda, pionero en el sueño de la independencia, en su famosa "Carta a los Americanos" (1799) de "... con el auxilio de la Providencia, formar de la América Unida una grande familia de hermanos" y los Próceres de Quito, en su "Manifiesto" del 10 de agosto de 1809, en el que expresaban "Pueblos de América, favoreced nuestros designios, seamos uno...", y también el Municipio de Caracas, a raíz de la formación de la Junta Patriótica del

19 de abril de 1810, cuando invitaba asimismo a las ciudades de América del Sur a erigir gobiernos autónomos “para contribuir a la gran obra de la confederación americano española ...».

A ella, a la Patria Grande, igualmente se refería Bolívar al hablar de pueblos con fe, idioma, cultura y trascendental destino idénticos. “*iPara nosotros la Patria es la América ... !*”, expresaba en 1814, a la División Urdaneta. Y en la célebre “Carta de Jamaica”, en 1815, donde cristaliza como sueño, utopía o quimera, pero en realidad como verdadero anticipo profético, su idea no solo de una comunidad organizada de Estados americanos sino inclusive de una comunidad universal: “... Yo deseo más que otro alguno ver formar en *América la más grande nación del mundo*, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria... Es una idea grandiosa pretender formar de todo el nuevo mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo... ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros como el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de la Repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo...” Y en 1818, en Carta a Pueyrredón, Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, “*Una sola debe ser la Patria de los americanos...*” La América, así, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la *Reina de las naciones y la madre de las Repúblicas .. !*” Y en 1822, a O’Higgins, Director Supremo de Chile: “...el gran día de la América no ha llegado: nos falta... formar de este mundo una *Nación de Repúblicas...*!” Y de 1822 a 1825, en las instrucciones para celebrar sendos tratados bilaterales de “unión, liga y confederación perpetua” con, Perú, México, Chile y Centroamérica, Bolívar reitera, como obsesionado: “...Es necesario que la nuestra sea una *sociedad de naciones hermanas...*” Y al convocar desde Lima el Congreso Anfictiónico de Panamá: “...Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los Protocolos del Istmo. En ellos se encontrarán los planes de las primeras alianzas, que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá...?”

Qué persistencia visionaria, señores académicos, la del Libertador Bolívar, soñando a lo largo de una década en su magno ideal, y buscándole símiles, metáforas o simples expresiones poético jurídicas para mejor explicarlo: *i“Para nosotros la Patria es la América”*; “*el Nuevo Mundo, una sóla nación*”; “*una sola, la patria de los americanos*”; “*reina de las naciones y madre de las repúblicas*”; “*Nación de Repúblicas*”; “*sociedad de naciones hermanas*”! Si él hablaba así hace ya casi dos siglos, bien podemos nosotros subrayar ahora,

cuando este ideal comunitario se encuentra en proceso a través de diversos mecanismos quizás aún insuficientemente fuertes, que la nuestra debe ser *iuna Nación de naciones!*

Estamos obligados a consolidar la unión. El mensaje de los grandes próceres de nuestra libertad sigue permanente. Hoy más que nunca necesitamos la unidad ante los graves riesgos centrífugos que nos amenazan: Filipinas ya prácticamente ha escapado de nuestra órbita, porque -suspendida la enseñanza oficial del castellano-, el inglés se ha convertido en *lingua franca* para la archipelágica diversidad idiomática de aquella abigarrada multitud de islas, donde por influencia norteamericana la preponderancia anglófona ha sustituido inclusive al propio tagalo.

¿Se nos escapará también Puerto Rico, no atraída por el sueño sino por el señuelo de ser una estrella más en la constalada bandera de los Estados Unidos de América? Así lo vaticinan algunos, partidarios de resolver el problema en nuevo plebiscito, ya que no alcanzaron a triunfar en los dos primeros. Sólo la tenaz defensa, frente al inglés, del castellano, signo viviente de su identidad iberoamericana, puede salvar a Borinquen. Menos mal que, con el mismo instrumento del lenguaje, vamos a nuestra vez, en expansión creciente por el área norteamericana, incorporando nuevos espacios a nuestra influencia cultural. Pero es preciso que esa fuerza expansiva del español y el portugués en los Estados Unidos logre superar la penetración del inglés en Iberoamérica. Es de lamentar que el Congreso de la Unión Norteamericana, más que la propia isla puertorriqueña, sea el palenque donde se discuta el destino de esa porción de nuestra estirpe que Bolívar no alcanzó a liberar. En este fin siglo, al recordar con tristeza el amasijo de intereses que significó la conquista imperialista, por fuerza de armas, de Puerto Rico y Filipinas, cuando Hispania blandía sus últimas lanzas para evitar que periclitase su ciclo de Indias, no podemos sino proclamar, más que acordarnos, que es inadmisibles aducir la libre determinación de los pueblos, principio básico del moderno Derecho Internacional, como pretexto para la disgregación de grandes unidades culturales forjadas a través de los siglos. Por otra parte, la Política de la Jaula de Oro, creadora de reflejos condicionados en avejillas sujetas a cautiverio, política netamente materialista, no puede ser aplicable a los humanos, seres con destino trascendente, porque quebranta su dignidad y su libertad.

Defendamos entonces la unidad y la identidad cultural de Iberoamérica. La didáctica de la historia no puede tener contenidos de subyugación ni ser herramienta de alienaciones. El estudio y enseñanza de la historia, como lo entendían ya los dos Simones y lo acabo de recordar, solo se explican en cuanto semillas de independencia e instrumentos de libertad.

A nombre de los académicos venidos desde todos los puntos de la rosa hispanoamericana de los vientos tengo a honra expresar, con vivo fervor, palabras de agradecimiento a la Academia Venezolana de la Historia y a sus dirigentes y más colegas, por habernos congregado en este augusto recinto y permitirnos participar en las deliberaciones del VI Congreso Iberoamericano de Historia, por cuyo buen éxito formulo los mejores y más cordiales votos.

Señores académicos.

DISCURSO DE CLAUSURA (*)

Javier González Echenique (**)

No es cosa simple usar de la palabra en nombre de todos los delegados a una reunión como la nuestra, para manifestar lo que se siente al término del Congreso.

No se trata ahora de hacer una revisión general, desde el punto de vista científico, de lo expuesto, lo replicado o lo discutido en las sesiones de trabajo. Ello deberá hacerse, pero no en esta ocasión, en que, a lo más, podrán formularse algunas consideraciones breves. No se trata, pues, de hacer un discurso y os ruego que tengáis esto presente.

Se trata, sólo, de hablar brevemente en nombre de muchos para expresar cosas comunes a todos. Ya aquí aparece la primera de las dificultades. No se ha de decir todo, porque la brevedad, como quizás diría Baltazar Gracián con mejores palabras, es garantía, no de belleza o arte por si misma, pero si de que las cosas serían mucho peores si se dijeran largamente.

Y si no conviene decir todo, ¿qué decir?. El primer riesgo que se corre al efectuar una selección, en casos como éste, es que el juicio personal del que habla, factor fundamental en toda expresión de pensamiento, no coincidirá necesariamente con el de los demás. Pero entiéndaseme bien. No se trata de que esa discordancia pueda nacer de que yo juzgue como malo algún aspecto de esta reunión que los demás delegados estimen bueno. Lo que pasa es que la fuerza y el relieve con que las cosas impresionan al alma varía, como no puede menos de acontecer, ya que cada ser humano es único y no repetido.

Debo emplear, entonces, en mis palabras, mi propia sinceridad, que procuraré ratificar con otros testigos autorizados.

(*) Palabras pronunciadas en el acto de clausura del VI Congreso Iberoamericano de Academias de la Historia.

(**) Presidente de la Academia Chilena de la Historia.

Comenzaré con aquellas cosas previas, anteriores al Congreso, por así decirlo, pero que han dado a éste un carácter particular. Hablo de la acogida abierta de los venezolanos, de su espontánea sinceridad, de su entrega franca. Conversaba yo sobre esto con otro Presidente de Academia, a quien cordialmente estimo, y cuyo juicio tengo a mucho, y ambos llegábamos a la conclusión de que, probablemente, nuestros pueblos respectivos quedaban atrás del venezolano en esta notable característica psicológica.

No debo omitir algo sobre la naturaleza, pero en términos limitados. Sólo ahora he conocido a Venezuela (o, mejor dicho, a Caracas), y bien se puede suponer cuan poco conozco de su tierra y su vegetación, sus montañas y sus ríos.

Pero tengo, por lo menos, la experiencia inmediata, derivada de nuestra morada en el Hotel Avila. Creo que uno de los muchos aciertos de nuestro querido Director don Rafael y de su Secretaria eficientísima ha sido esta elección. Difícil encontrar un lugar dotado de sus condiciones. Situado casi en las faldas de un cerro fresco y verde, y rodeado de hermosísimos árboles, frondosos y floridos, casi ha sido un actor de nuestras reuniones. Pues, ¿cómo no ha de influir en la placidez del ánimo y hasta en la agudeza del ingenio el espectáculo vivo de un enorme....., suavemente mecido por el viento, y visitado por miles de pajarillos que en mi tierra y aquí llamamos picaflores y que otros conocen como colibríes.

Hay aquí como una incitación al recto actuar, humano. Por lo demás, teniendo el hombre y la naturaleza física un mismo y alto autor, ¿porqué no ha de haber entre ellos misteriosas influencias, que lleguen en los hombres hasta el centro del alma?

Pero, excusádmme. Dejo caminos arriesgados, y volviendo a senderos mejor asentados, he de llevar la atención a otro campo: a la preparación del Congreso.

Las diversas Academias aquí representadas pudieron comprobar, hace ya tiempo, como la corporación de Venezuela dedicaba sus fuerzas a esta tarea. Por las diversas notas y comunicaciones comprobábamos que se tomaban todas las medidas para la acertada construcción, si es lícito el término, del edificio. Junto a todo esto se percibían cosas de que no se hablaba, pero que son las que, en definitiva, aseguran el éxito pleno, no sólo de una reunión académica, sino de cualquier tarea humana. Se adivinaba la cuidada atención a todos sus aspectos y no solamente a los que se creen fundamentales, cuyos efectos hemos visto con nuestros ojos. Sin mucho esfuerzo nuestra imaginación creía divisar desde lejos aquellos días afiebrados, propios del período

inmediatamente anterior a la inauguración, en que todo urge, todo se precipita y todo se cree retrasado, incompleto, mal hecho. Pero la Academia Nacional de la Historia supo salvar todo y ha hecho un Congreso sin errores, pleno y perfecto. La organización misma y el ambiente en que todo se ha desarrollado han sido gentilísimos y eficientes, desde la pronta y expedita recepción en el aeropuerto hasta esta misma reunión, pasando por sorpresas tan inusitadas como haber sido recibidos en el Hotel con un gran sobre, que contenía el texto de la totalidad de las ponencias ya preparadas.

No conozco la organización interna de la Academia Venezolana, pero no se necesita de gran agudeza para saber quienes son responsables de todo esto. Por ello me permito solicitar al señor Director que hagan llegar nuestros agradecimientos también a todos sus colaboradores por la participación que les ha cabido en hacer posible el Congreso en forma tan ejemplar.

He dicho al comienzo, y no me desdigo de ello, que no me corresponde referirme a los temas expuestos y discutidos.

Haré solo brevísimas acotaciones. La sesión colombiana, aparte de sus aportes y su valor intrínseco, tuvo una importancia que no debe disminuirse. Ella consistió en poner el acento en el hombre como actor de la historia e indirectamente en el valor de la biografía como género histórico, no solo lícito, sino también necesario. Creo que en estos momentos tales aspectos merecen ser subrayados.

Las ponencias sobre la enseñanza de la historia en nuestros países tuvieron enfoques y miras diferentes, pero estimo que todas contribuyeron al fin de la Asociación y del Congreso, que es el mejor conocimiento mutuo. Y contribuyeron a este fin mostrando al mismo tiempo, cuan grande es nuestra ignorancia, ya que poco sabemos de algo tan vital para nosotros. Y no puede menos de sorprender la comprobación patente de que en esto, como en tanta cosa, se han ejercido en el terreno intelectual casi las mismas influencias. Pero esto no ha de extrañar, por que fue fenómeno casi necesario. Parece extraño, en cambio, que ahora último algunas de tales influencias parecen deliberadamente concertadas y auxiliadas.

Pero debo terminar. Muchas cosas entrarán desde ahora al almacén de nuestra memoria, cosas que saldrán continuamente a la superficie, precisamente porque son inolvidables.

Estará la figura paternal, pero enérgica si fuese preciso de don Rafael Fernández Heres, Presidente de la Asociación y de este Congreso, y Director eminente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, a cuyo

yugo –es un decir– hemos vivido tan agradablemente sometidos en estos días. Estarán tantos buenos amigos y amigas, algunos de años atrás, otros recientes, cuyo conocimiento es como un tesoro que será guardado con esmero. Estará el ambiente en que hemos vivido, serio y ameno.

No olvidaremos los actos con que las autoridades venezolanas han querido agasajar a los delegados: almuerzos ofrecidos en la bella Casa Amarilla por el señor Ministro de Relaciones Exteriores, en el notabilísimo Museo de Arte Colonial por el Presidente del Consejo Nacional de la Cultura respectivamente, los agasajos delicados brindados por la Academia Nacional de la Historia, como tampoco la alta presencia del señor Ministro de Educación en este acto de clausura.

El registro de nuestra memoria de todo ha tomado debida nota.

Y ahora, señores delegados, me perdonaréis que, momentáneamente, me desprenda de la representación que me habéis confiado, y actúe sólo en mi calidad de chileno.

Vengo yo, por lo tanto, de Santiago de Chile. Me encuentro ahora en un alto lugar intelectual de Caracas. Hay un nombre que se hace presente ante mí en forma espontánea: el de Andrés Bello.

Los chilenos tenemos la pretensión de no haber sido demasiado ingratos con Bello. Pero, por otra parte, como su legado a Chile continua actuando, siempre quedaremos atrás en nuestro agradecimiento.

El propósito de contribuir a aumentarlos en algo, por muy poco que sea, obedecen ahora mis breves palabras. Diré aquí, en consecuencia, con la mente y también con el corazón, cuan grande es la gratitud de los chilenos por el inigualable aporte de Bello a la formación intelectual y cultural de nuestra patria en el siglo pasado.

Y ahora, hablando nuevamente en nombre de los delegados al Congreso, no me queda más que manifestar mi esperanza, que es casi certeza, de que el próximo Congreso de Brasil, en el año 2000, sea no menos feliz que este que clausuramos.

Que Dios lo quiera

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA (*)

Antonio Luis Cárdenas Colménter (**)

Como maestro y como Ministro de Educación, no puedo menos que celebrar el que para este VI Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia, se haya escogido como tema central de discusión "La Enseñanza de la Historia en Iberoamérica". Múltiples razones justifican esta escogencia. En primer lugar, ninguna persona, ni ninguna sociedad, pueden explicarse el presente si no conocen y no entienden el cómo éste se ha originado. De ahí que Alain Peyrefitte dijese que "no se puede mirar al fondo de la actualidad, sin mirar antes al fondo de la historia"¹. Si no se comprenden el origen y las características esenciales de una sociedad, es difícil que podamos abordar con éxito la solución de sus problemas y aprovechar al máximo las ventajas que esa sociedad ofrece. Por otra parte, es imposible la identificación y el compromiso solidario con nuestra región, con nuestros países y con nuestras comunidades, sin un adecuado conocimiento de su ser y de su importancia, así como del papel que a cada uno de nosotros nos corresponde como integrantes conscientes y responsables de esas comunidades. De ahí el viejo dicho de que nadie puede amar aquello que no conoce. Algunos, de una manera ligera, podrían pensar que en este mundo de la globalización no tiene vigencia la identificación con lo local, nacional y regional, así como su defensa y enriquecimiento. Nada más equivocado. Precisamente, para competir con éxito en este mundo globalizado y para contribuir con el desarrollo de la humanidad en su conjunto, debemos fortalecer nuestras culturas y desarrollar las humanidades, la ciencia y la tecnología al máximo de nuestras capacidades. No podemos ni debemos ignorar la dualidad de tendencias del mundo actual, ambas con plena justificación y vigencia. Por un lado, la globalización y, por el otro, el fortalecimiento del sentimiento nacional y el surgimiento de

(*) Palabras pronunciadas en el acto de clausura del VI Congreso Iberoamericano de Academias de la Historia.

(**) Ministro de Educación.

1. Le Mal Française. Librairie Plon, París. 1976.

los bloques regionales. No hay contradicción sino complementación, o una nueva manera de organizarse en un mundo dominado por el conocimiento, la información, la competitividad y, como ya lo hemos dicho, la globalización. Jacques Delors señala como una de las tensiones que debe ser superada, la que se presenta entre lo global y lo local, para lo cual es necesario que nos convirtamos poco a poco en ciudadanos del mundo sin perder nuestras raíces y, participando activamente en la vida de la nación y de las comunidades de base.²

Pero al hablar de la importancia de la enseñanza de la Historia, no me refiero a cualquier tipo de enseñanza, me refiero a aquella que lleva al niño, al joven y al adulto a comprender los procesos históricos, el porqué de esos procesos y las consecuencias que ellos han tenido en el desarrollo de las sociedades y en el mundo de hoy. Desde luego que excluyo aquella enseñanza basada en la simple memorización de nombres y de fechas, sin ningún sentido preciso y sin ninguna comprensión, porque este tipo de enseñanza, en vez de despertar interés, lo que despierta es repudio. Lo que se debe buscar es la motivación para aprender Historia, y esa motivación no puede despertarse si no hay comprensión de los fenómenos históricos y si no se demuestra el valor que ello tiene para entender lo que somos y el porqué de nuestras realidades.

La impresión que en general conservo de la enseñanza de la Historia en primaria y secundaria, no es siempre positiva. Predomina el recuerdo del fastidio y de la sensación de estar perdiendo el tiempo que me producía el tener que memorizar, sin comprender, listas interminables de nombres, fechas y acontecimientos que para mí tenían muy poco o ningún sentido. Una pregunta que ahora me hago, es si mis maestros entendían todo lo que repetían y nos hacían copiar, memorizar y repetir de los libros y si ellos, a su vez, le veían algún sentido a esa especie de ritual escolar. Estoy seguro que yo no era la excepción y estoy seguro también que el poco interés que aun hoy despierta la Historia en los alumnos, se debe a la forma como ella es enseñada. Qué diferencia cuando en algún momento el maestro o el profesor nos hacía vibrar de patriotismo con la lectura de libros como *Venezuela Heroica* o nos metía de lleno en discusiones, a veces acaloradas, sobre la *Leyenda Negra* y la *Leyenda Dorada*, o sobre acontecimientos tan polémicos como el de la *Guerra a Muerte* o el fusilamiento de Piar. Algo más me molestaba a medida que avanzaba en mis estudios y en mi capacidad para razonar: El que la Historia se limitara casi exclusivamente a lo militar y a lo político, dejando de lado lo civil y la evolución de la sociedad como un todo. En esa Historia

2. L'Education. Un Trésor est Caché Dedans, Editions Odile Jacob, París, 1996: p. 12.

no había pueblos ni culturas, sólo héroes militares, guerras, alzamientos y presidentes que se sucedían en el gobierno.

Esa apreciación que tuve como alumno de primaria y secundaria se ha reforzado con el tiempo y he comprobado que muchos la comparten. En el documento principal de trabajo preparado para la Conferencia Internacional sobre La Historia instrumento para la Paz, realizada en Cartagena de Indias en noviembre de 1996, se destaca el hecho de que “la exclusiva y constante exaltación del carácter épico de las guerras y de sus héroes, sin perjuicio de su importancia, ha contribuido a que la historia y su enseñanza sean en parte, responsables de la generación de una cultura de intolerancia. Tampoco ha favorecido una reflexión en torno a la búsqueda de alternativas no violentas para la resolución de los conflictos”, y más adelante agrega que “el hecho de que la historiografía haya destacado unilateralmente el protagonismo de personajes singulares y sobresalientes, siempre relacionados con el manejo del poder, ha minimizado, cuando no ocultado, la importancia histórica de múltiples actores individuales y colectivos, que construyeron e hicieron posible -con sus aportes al orden político, económico, social y cultural- la existencia de las naciones y, en no pocos casos, la convivencia pacífica”.³

Ahora bien, yo prefiero hablar más de aprendizaje que de enseñanza. Considero que las escuelas son espacios para aprender y si el maestro debe enseñar, porque esa es su misión ante el alumno, es enseñar a aprender y motivar para el aprendizaje permanente. No enseñar Historia, por ejemplo, sino enseñar a aprender Historia y crear la motivación para ese aprendizaje. Y aprender es comprender, asimilar, relacionar, hacer uso inteligente de los conocimientos, así como saber cuándo y cómo obtener información y ser capaz de ponderar y discriminar la información obtenida. En el nuevo currículo que comenzó a aplicarse en octubre del año pasado en los tres primeros grados de la educación básica y que se empezará a aplicar en cuarto, quinto y sexto grados a partir de octubre de este año, lo que buscamos es ese cambio de una enseñanza memorística y repetitiva por un verdadero aprendizaje y por una preparación y motivación para el aprendizaje a lo largo de la vida. Nos proponemos que los alumnos, de acuerdo con su edad y desarrollo mental, se interesen por la Historia, comprendan los fenómenos históricos y tomen conciencia de la importancia que ella tiene para explicarnos el presente y encarar con mayor seguridad el futuro. Nos interesa, por ejemplo, que nuestros alumnos comprendan la importancia que tuvieron y que aun tienen entre nosotros las culturas indígenas, así como la llegada de los europeos y la incorpora-

3. Citado por Antonio Luis Cárdenas Colménter. La enseñanza de la historia fundamentada en los principios y valores de una cultura de paz, Tablero, Revista del Convenio Andrés Bello, Año 21, N° 55, Santa Fe de Bogotá, junio 1997; p. xcvi.

ción de los africanos a nuestro Continente. Que entiendan la importancia del mestizaje, no sólo de la sangre, sino principalmente de las culturas. Que entiendan el porqué de nuestros hábitos alimenticios, de nuestra música, en fin, de todas nuestras costumbres y maneras de ser. Que entiendan la trascendencia que tuvo el descubrimiento de este Continente para los europeos, el cómo les cambió la concepción del mundo, no sólo desde el punto de vista geográfico, sino también filosófico. Que valoren los aportes de América y entre ellos el de alimentos como la papa que contribuyó de manera determinante a satisfacer las necesidades de una naciente sociedad industrial y urbana. Nos interesa que comprendan el porqué y las consecuencias de la Guerra de Independencia y de otros acontecimientos tan importantes como la Guerra Federal o el apareamiento del petróleo. Que entiendan cómo todo esto fue configurando la Venezuela de hoy y explica la manera de ser de cada uno de nosotros y de la sociedad como conjunto. Las fechas, los nombres, son sólo referencias necesarias para la comprensión, y los podemos obtener en cualquier momento, no por la memorización, sino por la consulta de la información disponible y cada día más abundante y precisa.

Para lograr estos objetivos es indispensable contar con buenos maestros y con materiales didácticos de calidad. Nada de lo que aquí proponemos y nada de lo que en el nuevo currículo para la educación básica se establece, se puede alcanzar si no contamos con maestros bien formados, motivados y comprometidos con una educación que prepare para aprender a aprender, aprender a ser, aprender a hacer, aprender a convivir y aprender a emprender. Para que los alumnos aprendan Historia, comprendan su importancia y la amén es condición indispensable el que los maestros dominen adecuadamente esta materia y diseñen estrategias que les permitan motivar y facilitar su aprendizaje. De ahí la gran responsabilidad de los institutos pedagógicos y de las escuelas de educación encargados de formar, no sólo a los profesores de Historia, sino también a los maestros para los seis primeros grados de la educación básica. El currículo de estas instituciones debe responder a estas nuevas tendencias y a las exigencias de los nuevos currículos para la educación básica y para la educación media. El Ministerio de Educación y las universidades tienen también el deber de actualizar y asistir permanentemente a los maestros en ejercicio y lo están haciendo por medio de cursos y talleres contratados por el Ministerio con las universidades y en los Centros Regionales de Apoyo al Maestro que ya están en funcionamiento en varios estados.

La otra condición indispensable para un buen aprendizaje de la Historia, es la existencia de buenos textos, buenos libros complementarios y en general buenos materiales didácticos. Aquí también las universidades pueden y deben jugar un papel muy importante. Las escuelas, departamentos e institutos de Historia, en colaboración con las escuelas de Educación, están en las

mejores condiciones para preparar materiales didácticos de alta calidad. Con esta actividad, además de contribuir a un mejor aprendizaje de la Historia, tendrían una fuente de financiamiento para apoyar sus investigaciones. Pero no sólo las universidades, también las academias de la historia deberían participar como asesoras, colaboradoras y productoras de materiales didácticos. Un material de particular relevancia son los currículos que norman y orientan el aprendizaje. En este aspecto nos complace reconocer y agradecer la colaboración que la Academia Nacional de la Historia y las universidades, institucionalmente, o a través de sus miembros, han prestado y prestan al Ministerio de Educación. Todo material que conduzca o favorezca el aprendizaje de la Historia, debe ser objeto de una particular atención por parte de estas academias.

Para finalizar, y tratándose de un Congreso que reúne a todas las Academias de la Historia de Iberoamérica, quiero destacar la importancia que para la integración de nuestros pueblos y para el fortalecimiento de los valores éticos y principios de la democracia, tiene la Historia. Como lo dijimos en Cartagena de Indias, son muchos más los aspectos positivos de la Historia de nuestras naciones que los que podamos calificar como negativos y esto, manejado por docentes bien preparados, favorece una educación para la comprensión, la solidaridad y la paz. Debería haber un entendimiento entre nuestros gobiernos y entre nuestros investigadores de la Historia, en particular de los que escriben textos escolares, para resaltar lo que nos une, por encima de lo que nos separa. Necesitamos una Historia escrita en positivo y mirando hacia un futuro que ya empieza a ser presente, de unión, de comprensión, de cooperación, como única posibilidad cierta de participar con dignidad en el mundo globalizado.⁴

4. *Ibíd.*; p. xcvi